

LETRAS

«Tròpic de Càncer», de Henry Miller

Por fin, en catalán, una obra central
de la literatura contemporánea

Pere Gimferrer

Una nota editorial nos enteramos de que han debido pasar diez años largos para que *Tròpic de Càncer* (1) pueda aparecer en traducción catalana. A su autor, Henry Miller, el caso, si es que ha tenido noticia de él, le habrá parecido anacrónico, pero no le habrá sorprendido: la primera edición, en 1934, fue publicada en inglés por Obelisk Press de París, y que no era viable su aparición en Estados Unidos. La permisividad erótica actual es muy reciente, y, lo que es más, la irrupción de la franqueza erótica en la expresión literaria como hecho generalizado ha tardado mucho en producirse. No me refiero a la literatura «libertina» o secreta, de gabinete, o a la jocosa o festiva; son constantes en la historia y tienen en común el centrarse mágicamente en lo erótico considerado como peculiaridad, como cosa aparte, casi como rareza. Pero una literatura que asuma la dimensión erótica de la existencia corriente de los individuos en forma explícita y no sólo alusiva, y la vincule a los demás factores problemáticos de dicha existencia, es —después del Renacimiento— algo que buscaríamos en vano, con muy raras excepciones, hasta las últimas décadas.

El papel de Henry Miller ha sido no el único, pero sí uno de los más relevantes, en este cambio de perspectiva. Es evidente que alude a ello —aunque no sólo a ello— cuando escribe en *Tròpic de Càncer*: «Només hi ha una cosa que m'interessa d'una manera vital ara, i això és enregistrar tot allò que hom omet als llibres». En efecto, lo que escribe Miller no es un libro: «Aquest no és un llibre. És un libel, una calúmnia. Aquest no és un llibre en el sentit usual del mot. No; és un insult perllongat, una escopinada a la cara de l'Art...». Y, sin embargo, nadie tiene tanta fe en el Libro como Miller: uno de sus proyectos es «una nova Bíblia... *El Darrer Llibre*. Després del nostre prou llibres... si més no, durant tota una generació.» Este ideal del Libro no contradice la negación del libro con minúscula; por el contrario, es su complemento indispensable. Es una noción que deriva a la vez de las consecuencias extremas de la empresa poética simbolista (el gesto final de Rimbaud, las *Poésies* de Ducasse negando a Lautréamont, su otro yo, o los avatares del Libro mallarmeano, donde la página sería el doble del universo) y de la negación, por los dadaístas y surrealistas, del arte como disciplina estética en favor del arte como prolongación de una actitud vital. Tal concepción, a la vez que niega el arte, pone en él, desde

otro punto de vista, una fe en cierto modo incomparablemente mayor a la que pudo profesársele en cualquier época anterior al Romanticismo: se da por supuesto que este nuevo arte —no fin en sí mismo, sino vehículo del núcleo último de la conciencia individual— podrá incidir directamente, de modo revolucionario, en la transformación moral del individuo, en la transformación política de la sociedad. Subversión y transfiguración.

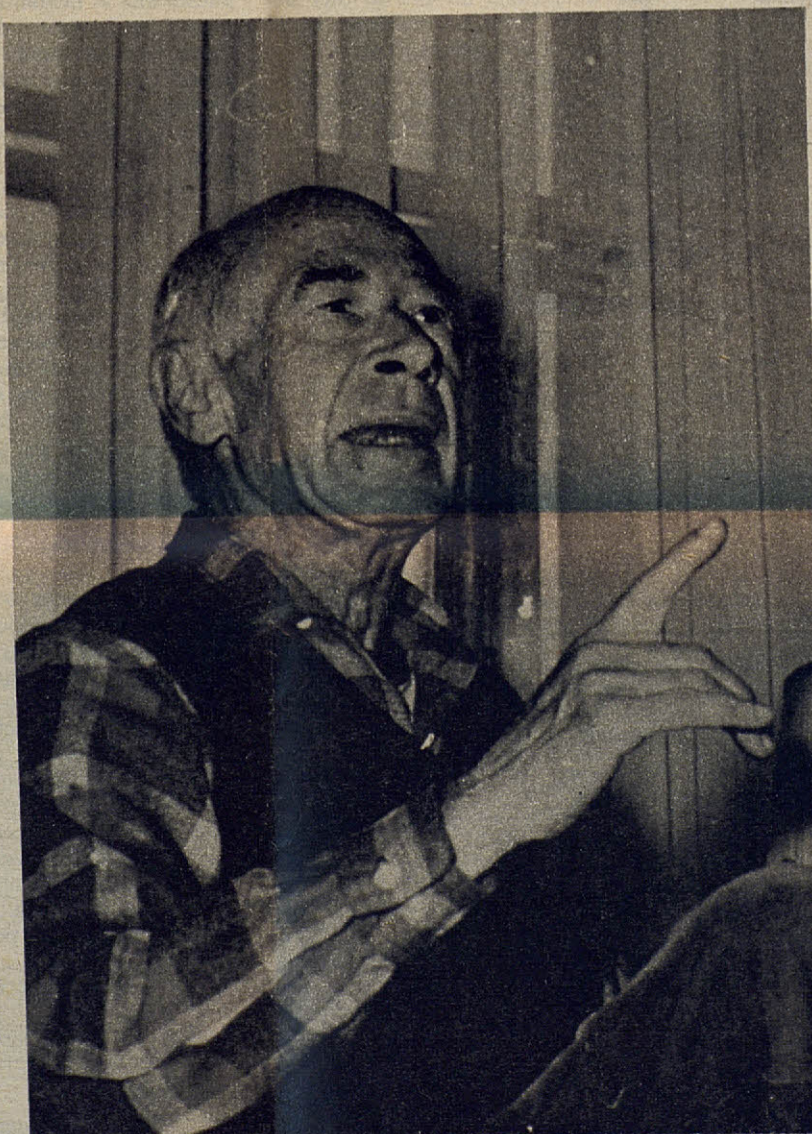
Fragmentos de una autobiografía

Así, la materia del Libro será la experiencia cotidiana, total, de su autor. *Total*: concernirá a cuan-

to normalmente se omite, desde los aspectos sórdidos hasta los estrictamente sexuales, desde la percepción usual a la percepción estática u onírica. Por ser total, esta materia es inabarcable e inagotable: cualquier momento de ella —así, en *Tròpic de Càncer*, la contemplación de un sexo femenino— puede desdoblarse en una cadena de percepciones y visiones encadenadas que remiten a los órdenes más varios de vivencia intelectual y sensorial. En nuestro tiempo, han sido frecuentes —Céline, Jean Genet, Michel Leiris, entre otros— los escritores que han hecho de su propia vida el centro de su escritura. Miller se distingue de ellos fundamentalmente porque su voluntad de provocación y su inmersión en las zonas del humor negro y la preconcepción según el espíritu surrealista coexisten con un impulso de afirmación vitalista al modo de Walt Whitman, que se produce con una especie de violencia paradisiaca, la violencia de lo originario, el sustrato telúrico de la civilización del asfalto, que descubre el espacio al derribar la envoltura urbana donde yacen atenazadas la humillación y la abyección de los hombres.

Tròpic de Càncer, primera incursión en este Libro único que es toda la escritura de Miller, acaso no sea su obra maestra —mis preferencias van hacia *Tropic of Capricorn*, que aparecerá próximamente en catalán, y hacia *Sexus*— pero sí es la más decisiva: es el gesto inaugural, fundacional, el momento en que el autor halla la empresa que debe llevar a cabo y la inicia, el momento en que estalla un universo moral y verbal enteramente nuevo. Un verdadero clásico, es decir, un clásico operante: *Tròpic de Càncer* nos sigue concerniendo. ■

(1) Aymà. Barcelona, 1976.



Henry Miller,
autor de
«Tròpic
de Càncer».